

VI.

Al día siguiente me llevó D. Celestino al palacio del Príncipe de la Paz. Era el 15 de Marzo, si no me falla la memoria.

Aunque no tenía ropa para mudarme en tan solemne ocasión, como la que llevaba á Aranjuez era la mejorcita, con una camisa limpia que me prestó el cura, quedé en disposición, según él mismo me dijo, de presentarme aunque fuera á Napoleón Bonaparte. Por el camino, y mientras hacíamos tiempo hasta que llegara la hora de las audiencias, D. Celestino sacaba del bolsillo interior de su sotana el poema latino para leerlo en alta voz, porque,

—Quizás el señor Príncipe—decía,— me mande leer algún trozo, y conviene hacerlo con entonación clásica y ritmo seguro, mayormente si hay delante algún embajador ó general extranjero.

Después, guardando el manuscrito, añadió con cierta zozobra:

—¿Sabes que el sacristán de la parroquia, ese condenado Santurrias ... ya le conoces ... me ha puesto esta mañana la cabeza como un farol? Dice que el señor Príncipe de la Paz no dura dos días más al frente de la nación, y que

le van á cortar la cabeza. Esto no merece más que desprecio, Gabrielillo; pero me da rabia de oír tratar así á persona tan respetable. Pues, ¿qué crees tú? he descubierto que ese pícaro Santurrias es jacobino, y se junta mucho con los cocheros del infante Don Antonio Pascual, los cuales son gente muy alborotada.

—¿Y qué dice ese reverendo sacristán?

—Mil necesidades; figúrate tú. Como si á personas de estudios y que tienen en la uña del dedo á todos los clásicos latinos, se les pudiera hacer tragar ciertas bolas. Dice que el señor Príncipe de la Paz, temiendo que Napoleón viene á destronar á nuestros queridos reyes, tiene el propósito de que éstos marchen á Andalucía para embarcarse y dar la vela á las Américas.

—Pues anoche—dije yo—cuando fui al mesón á decir á los arrieros que no me aguardaran, oí decir lo mismito á unos que estaban allí, y por cierto que hablaban de su amigo y paisano de usted con más desprecio que si fuera un bodegonero del Rastro.

—No saben lo que se pescan, hijo—me dijo el cura.— Pero ó yo me engaño mucho, ó los partidarios del Príncipe de Asturias andan metiendo zizaña por ahí. Ello es que en Aranjuez hay mucha gente extraña y ... quiera Dios. Ya me dijo esta mañana Santurrias que su mayor gusto será tocar las campanas á vuelo si el pueblo se amotina para pedir alguna cosa; pero ya lo he dicho—y al hablar así Don Celestino se paró, y con su dedo índice hacía demostraciones de la mayor energía,—ya le he dicho que si toca las campanas de la iglesia sin mi permiso, lo pondré en conocimiento del señor Patriarca para lo que éste tenga á bien resolver.

Con esta conversación llegó la hora, y nosotros al palacio de S. A. Atravesamos por entre varios guardias que custodiaban la puerta, porque ha de saberse que el generalísimo tenía su guardia á de pie y de á caballo, lo mismo que el rey, y mejor equipada, según observaban los curio-

sos. Nadie nos puso obstáculo en el portal ni en la escalera; pero al llegar á un gran vestibulo en cuyo pavimento taconeaban con estrépito las botas de otra porción de guardias, uno de éstos nos detuvo, preguntando á Don Celestino con cierta impertinencia á dónde íbamos.

—Su Alteza—dijo el clérigo muy turbado—tuvo el honor de señalarme.... digo.... yo tuve el honor de que él señalara el día de hoy y la presente hora para recibirme.

—Su Alteza está en Palacio. Ignoramos cuándo vendrá—dijo el guardia dando media vuelta.

Don Celestino me consultó con sus ojos y también iba á consultarme con sus autorizados labios, cuando se sintió ruido en el portal.

—¡Ahí está! Su Alteza ha llegado—exclamaron los guardias, tomando apresuradamente sus armas y sombreros para hacer los honores.

Pero el Príncipe subió á sus habitaciones particulares por la escalera escusada, que al efecto existía en su palacio.

—Quizá S. A. no reciba hoy—dijo á Don Celestino el guardia que poco antes nos había detenido.—Sin embargo, pueden ustedes esperar si gustan, y él avisará si da audiencia ó no.

Dicho esto, nos hizo pasar á una habitación contigua y muy grande donde vimos á otras muchas personas, que desde por la mañana habían acudido en solicitud del favor de una entrevista con S. A. Entre aquella gente había algunas damas muy distinguidas, militares, señores á la antigua, vestidos con antiguas casacas y cubiertos con antiquísimas pelucas, y también algunas personas humildes.

Los pretendientes allí reunidos se miraban con recelo y mal humor, porque á todo el que hace antesala molesta mucho el verse acompañado, considerando sin duda que si el tiempo y la benevolencia del ministro se reparten entre muchos, no puede tocarles gran cosa. Un ugier se acercó á nosotros y preguntó á Don Celestino quiénes éramos, á lo cual repuso el buen eclesiástico:

—Nosotros somos curas de la parroquia de.... quiero decir, soy cura de la parroquia y este joven.... este joven gana noventa y tres reales en los meses de treinta y uno; y venimos á.... pero yo no pienso pedirle nada al señor príncipe, porque este picarón (señalando á mí) no se morderá la lengua para decirle lo que desea.

Cuando el ugier se alejó, dije á mi acompañante que tuviera cuidado de no equivocarse tan amenudo; que no anunciara anticipadamente nuestra comisión pediguña, y que no había necesidad de ir pregonando lo que yo ganaba, á lo que me respondió que él como persona nueva en antesalas y palacios, se turbaba á la primera ocasión, diciendo mil desatinos. Uno de los señores que aguardaban se nos acercó, y reconociendo al cura, se saludaron ambos muy cortesmente, diciendo el desconocido:

—Sr. D. Celestino, ¿qué bueno por aquí?

—Vengo á visitar á S. A. Ya sabe usted que somos paisanos y amigos. Mi padre y su abuelo hicieron un viaje juntos desde Trujillo á la vera de Palencia, y un tío de mi madre tenía en Miajadas una dehesa donde los Godoyes iban á cazar alguna vez. Somos amigos y le estoy agradecido, porque á la munificencia de S. A. debo el beneficio que disfruto, el cual me fué concedido en cuanto S. A. tuvo conocimiento de mi necesidad; así es que desde mi primer memorial hasta el día en que tomé posesión, sólo transcurrieron catorce años.

—Se conoce que el príncipe quiso servirle á usted—dijo nuestro interlocutor.—No á todos se les despacha tan pronto. Hace veintidos años que yo pretendí que se me repusiera en mi antigua plaza de la colecturía del Noveno y de Excusado, y esta es la hora, Sr. D. Celestino. A pesar de todo, yo no me desanimo, y menos ahora, porque tengo por seguro que la semana que viene....

—No todos son afortunados como yo—dijo el optimista D. Celestino.—Verdad es que como paisano y amigo de S. A., estoy en situación muy favorable. De mi pueblo á

Badajóz, cuna de Don Manuel Godoy, no hay mas que trece leguas y media por buen camino, y estoy cansado de ver la casa donde nació este faro de las Españas. Así es que cuando supo mi necesidad ...

—Pero diga usted—preguntó bajando la voz el señor de la semana que viene,—¿tenemos viaje de los reyes á Andalucía, ó no tenemos viaje?

—¿Pero usted cree tales paparruchas?—dijo D. Celestino.—Esa voz la ha corrido Santurrias, el sacristán de mi iglesia. Ya le he dicho que si tocaba las campanas sin mi permiso ...

—Todo el mundo lo asegura. Ya sabe usted que ha venido mucha tropa de Madrid, y por las calles del pueblo se ve gente de malos modos.

—¿Pero qué objeto puede tener ese viaje?

—Amigo: ya Napoleón tiene en España la friolera de cien mil hombres. Ha nombrado general en jefe á Murat, el cual dicen que salió ya de Aranda para Somosierra. Y á todas estas, ¿hay alguien quien sepa á qué viene esa gente? ¿Vienen para echar á toda la familia real? ¿Vienen simplemente de paso para Portugal?

—¿Quién se asusta de semejante cosa?—dijo D. Celestino.

—Pongamos por caso que venga con mala intención. ¿Qué son cien mil hombres? Con dos ó tres regimientos de los nuestros se podrá dar buena cuenta de ellos, y ahí no las den todas. Como S. A. se calce las espuelas ... Eso del viaje es pura invención de los desocupados y de los enemigos de Su Alteza, que le insultan porque no les ha dado destinos. Como si los destinos se pudieran dar á todo el que los pretende.

No siguió esta conversación, porque el ugier se acercó á nosotros, haciéndonos señas de que le siguiéramos. S. A. nos mandaba pasar. Cuando los demás pretendientes vieron que se daba la preferencia á los que habían llegado los últimos, un murmullo de descontento resonó en la sala. Nosotros la atravesamos muy orgullosos de aquella predilección,

y mientras D. Celestino saludaba á un lado y otro con su bondad de costumbre, yo dirigí á los más cercanos una mirada de desprecio, que equivalía al convencimiento de mi próximo ingreso en la administración de ambos mundos.

Pasamos de aquella sala á otras, todas ricamente alhajadas. ¡Qué bellos tapices, qué lindos cuadros, qué hermosas estatuas de mármol y bronce, qué vasos tan elegantes, qué candelabros tan vistosos, qué muebles tan finos, qué cortinajes tan espléndidos, qué alfombras tan muelles! No pude detenerme en la contemplación de tan bonitos objetos porque el ugier nos llevaba á toda prisa, y yo me sentía atacado de una cortedad tal, que se disipó mi anterior envalentonamiento, y empecé á comprender que me faltarian ideas y saliva para expresar ante el príncipe mi pensamiento. Por fin llegamos al despacho de Godoy, y al entrar vi á éste en pie, inclinado junto á una mesa y revisando algunos papeles. Aguardamos un buen rato á que se dignase mirarnos y al fin nos miró.

Codoy no era un hombre hermoso, como generalmente se cree; pero sí extremadamente simpático. Lo primero en que se fijaba el obsevador era en su nariz, la cual, un poco grande y respingada, le daba cierta expresión de franqueza y comunicatividad. Aparentaba tener sobre cuarenta años: su cabeza rectamente conformada y airosa, sus ojos vivos, sus finos modales, y la gallardía de su cuerpo, que más bien era pequeño que grande, le hacían agradable á la vista. Tenía sin duda la figura de un señor noble y generoso; tal vez su corazón se inclinaba también á lo grande; pero en su cabeza estaba el desvanecimiento, la torpeza, los extravíos y falsas ideas de los hombres y las cosas de su tiempo.

Nos miró como he dicho, y al punto Don Celestino, que temblaba como un chiquillo de diez años, hizo una profunda cortesía á la cual siguió otra hecha por mi persona. A mi acompañante se le cayó el sombrero; recogiólo, dió algunos pasos, y con voz tartamuda dijo así:

—Ya que Vuestra Alteza tiene el honor de.... no....

go...ya que tengo el honor de ser recibido por Vuestra Alteza serenísima...decía que me felicitó de que la salud de Vuestra Alteza sea buena, para que por mil años sigamos haciendo el bien de la nación.....

El príncipe parecía muy preocupado, y no contestó al saludo sino con una ligera inclinación de cabeza. Después pareció recordar y dijo:

--Es usted el señor chantre de la Catedral de Astorga, que viene á.....

--Permitame Vuestra Alteza--interrumpió D. Celestino, que ponga en su conocimiento como soy el cura de la parroquia castrense de Aranjuez.

--¡Ah!--exclamó el príncipe,--ya recuerdo....el... otro día...se le dió á vd. el carato por recomendación de la señora condesa de X (Amaranta.) ¿Es usted natural de Villanueva de la Serena?

--No señor: soy de los Santos de Maimona. ¿No recuerda Vuestra Alteza esa villa? En el camino de la Fuente de Cantos. Allí se cogen unas sandías que pesan muchas arrobas, y también hay muchos melones....Pues, como decía á Vuestra Alteza, hoy venía con dos objetos: con el de tener el honor de presentarme á Vuestra Alteza, para que este chico lea un poema latino que ha compuesto.....no, quiero decir....

Don Celestino se atragantó, mientras que el príncipe, asombrado de mi precosidad en el estudio de los clásicos, me miraba con ojos benévolos.

--No--dijo el cura entrando de nuevo en posesión de su lengua.--El poema ha sido compuesto por mí, y, accediendo á los deseos de V. A. voy á comenzar su lectura.

El Príncipe adelantó la mano con ese instintivo movimiento que parece apartar un objeto invisible. Pero D. Celestino no comprendió que su protector rechazaba por medio de un movimiento físico la amenazadora lectura del poema, y firme en su propósito, desenvainó el manuscrito homicida. En el mismo instante Godoy, que atendía poco

á nosotros, y parecía estar pensando cosas muy graves volviéndose bruscamente hacia la mesa y empezó á hojear de nuevo los papeles.

Don Celestino me miró y yo le miré á él.

Así transcurrió un minuto al cabo del cual el príncipe dirigióse hacia nosotros y dijo señalando una silla:

--Siéntense ustedes.

Después siguió en su investigación de papeles. Sentados en nuestros asientos el cura y yo nos hablábamos en voz baja.

--Para exponerle tu pretención--me dijo el tío de Inés, --debes esperar á que yo lea mi poema, en lo cual con la causa conveniente no tardaré más que hora y media. El admirable efecto que le ha de producir la audición de los versos clásicos á que es tan aficionado, le predispondrá en tu favor, y no dudo que te concederá cuanto le pidas.

Después de otro rato de espera, un oficial entró para dar un despacho al Príncipe. Este le abrió al punto, y después que lo hubo leído con mucha ansiedad, dejolo sobre la mesa y se dirigió hacia don Celestino.

--Dispéñeme usted--dijo,--mi distracción. Hoy es día para mí de ocupaciones graves é inesperadas. No pensaba recibir á nadie en audiencia, y si le mandé entrar á usted fué porque sabía que no es de los que vienen á pedirme destinos.

Don Celestino se inclinó en señal de asentimiento, y yo dije para mí: «Lucidos hemos quedado.» Después dirigióse S. A. á mí y me dijo:

--En cuanto al poema latino que este joven ha compuesto, ya tengo noticias de que es una obra notable. Persista usted en su aplicación á los buenos estudios y será un hombre de provecho. No puedo hoy tener el gusto de conocer el poema; pero ya me habían hablado de usted con grandes encomios y desde luego formé propósito de que se diera á usted una plaza en la oficina de Interpretación de Lenguas, donde su precocidad sería de grande provecho. Sirvase usted dejarme su nombre.

Don Celestino iba á contestar rectificando el error; pero su turbación se lo impidió. Antes que mi compañero pudiera decir una palabra, levante me yo y extendiendo mi nombre sobre de un papel que en la mesa encontré, ofrecilo respetuosamente al Príncipe que concluyó así.

—Ruego á ustedes que tengan la bondad de retirarse, pues mis ocupaciones no me permiten prolongar esta audiencia.

Hicimos nuevas cortesias, D. Celestino balbució las fórmulas pomposas propias del caso, y salimos del despacho del Príncipe. Al pasar por la sala donde esperaban con impaciencia los demás pretendientes, el ugiar lanzó esta terrófica exclamación:— «¡No hay audiencia!»

Al encontrarse en la calle el buen cura, recobrando la serenidad de su espíritu y la soltura de su lengua, me dijo con cierto enojo:

—¿Por qué no le dijiste tú que el poema no era tuyo, sino mio?

No pude menos de soltar la risa, viéndole picado su amor propio, y considerando el extraño resultado de nuestra visita al Príncipe de la Paz.

—Pues, Gabrielillo—me dijo D. Celestino cuando entramos en la casa, —cierto es que hay demasiada gente en el pueblo. Se ven por ahí muchas caras extrañas, y también parece que es mayor el número de soldados. ¿Ves aquel grupo que hay junto á la esquina? Parecen trágneros de la Mancha.....y entre ellos se ven algunos uniformes de caballería. Por este lado vienen otros que parecen estar bebidos; ¿oyes los gritos? Entrémonos, hijo mio, no nos digan alguna palabrota. Aborrezco el vulgo.



VII

En efecto, por las calles del Real Sitio y por la plaza de San Antonio discurrían más ó menos tumultuosamente varios grupos cuyo aspecto no tenía nada de tranquilizador. Asomábase á las ventanas el vecindario todo para observar á los transeuntes, y era opinión general que nunca se había visto en Aranjuez tanta gente. Entramos en la casa, subimos al cuarto de D. Celestino, y cuando éste sacudía el polvo de su manteo y alisaba con la manga las rebeldes felpas del sombrero de teja la puerta se entreabrió, y una cara enjuta, arrugada y morena, con ojos vivarachos y tunantes, una cara de esas que son viejas y parecen jóvenes, ó al contrario, cara á la cual daba peculiar caracter toda la boca necesaria para contener dos filas de descomunales dientes, apareció en el hueco. Era Gorito Santurrias, sacristán de la parroquia.

—¿Se puede entrar, señor cura?—preguntó, sonriendo, con aquella jovialidad mixta de bufón y de demonio que era su rasgo sobresaliente.

—A tiempo viene el Sr. Santurrias—dijo el cura frunciendo el ceño,—porque tengo que prevenirle....Sep austed

que estoy incomodado, si señor; y pues los sagrados cánones me autorizan para imponerle castigo....allá veremos... y digo y repito que la gente que se ve por ahí no viene á lo que usted me indicó esta mañana. Pues no faltaba más.

—Señor Cura--contestó ¡irrespetuosamente Santurrias;—esta noche me 'desarrollará las manos la cuerda de la campana grande. Es preciso tocar, tocar para reunir gente.

—¡Ay de Santurrias si suenan las campanas sin mi permiso!.....Pero ¿qué quiere esa gentuza? ¿Qué pretende?

—Eso lo veremos luego.

—Ande usted con Barrabás; diablo dé siete colas. ¿Pero á qué viene esa gente á Aranjuez?—repitió D. Celestino dirigiéndose á mi.—Gabriel, se nos olvidó advertir al señor Príncipe de la Paz lo que pasa, y aconsejarle que no esté desprevenido. ¡Cuánto nos hubiese agradecido S. A. nuestro solícito interés!

—Ya se lo dirán de misas—murmuró burlonamente Santurrias.—Lo que quiere esa gente es impedir que nos lleven para las Indias á nuestros idolatrados Reyes.

—¡Já, já!—exclamó el sacerdote poniéndose amarillo. Ya salimos con la muletilla. Como si uno no tuviera autoridad para desmentir tales rumores; como si uno no fuera amigo de personas que le enteran de lo que pasa; como si uno no estuviera al tanto de todo.

Diciendo esto, D. Celestino no quitaba de mí los ojos, buscando sin duda una discreta conformidad con sus afirmaciones. En tanto Santurrias, que era uno de los sacristanes más tunos y desvergonzados que he visto en mi vida, no cesaba de burlarse de su superior gerárquico, bien contradiciéndole en cuanto decía, bien cantando con diabólica música una irreverente ensaladilla compuesta de trozos de sainete mezclados en versículos latinos del Oficio ordinario.

—¡Ay, señor cura, señor cura!—dijo.—Si veremos correr á su paternidad por el camino de Madrid con los hábitos arremangados. ¡Já, já, já!

Préstame tu moquero
si está más limpio,
para echar los tostones
que me has pedido.

Asperges me, Domine, hissopo, et mundabor.

—Mi dignidad—repuso el clérigo cada vez más amostazado,—no me permite rebajarme hasta disputar con el Sr. de Santurrias. Si yo no le tratara de igual, como acostumbro, no se habría relajado la disciplina eclesiástica; pero en lo sucesivo he de ser enérgico, si, señor enérgico y si Santurrias se alegra de que esa plebe indigna vocifere contra el Príncipe de la Paz, sepa que yo mando en mi iglesia, y...nodigo más. Parece que soy blando de genio; pero Celestino Santos del Malvar sabe enfadarse, y cuando se enfada.....

—Cuando llegue la hora del jaleo, señor cura, su paternidad nos sacará aquellas botellitas que tiene guardadas en el armario, para que nos refresquemos—dijo Santurrias descosándose de risa otra vez.

—Borracho; así está la santa Iglesia en tus pícaras manos—repuso el clérigo.—Gabriel, ¿querrás creer que hace dos días tuve que coger la escoba y ponerme á barrer la capilla del Santo Sagrario, que estaba con media vara de la sura? Desde que llegué aquí, me dijeron que este hombre acostumbraba visitar la taberna del tío Malayerba: yo me propuse corregirle con piadosas exhortaciones, pero ¡el diablo le lleve! hay días, chiquillo, que hasta el vino del santo sacrificio desaparece de las vinajeras. ¡Y éste se permite tener opinión, y disputar conmigo, asegurando que si cae ó no cae el dignísimo, el eminentísimo, ¡ójalo usted bien! el incomparableísimo Príncipe de la Paz!

—Pues, y nada más. ¡Como que no le van á arrastrar por las calles de Aranjuez, como al gigantón de Pascua florida!.....

—¡Qué abominaciones salen por esa boca, Dios de Israel!

Santurrias tan pronto ahuecaba la voz para cantar gravemente un trozo de la misa ó del oficio de difuntos, como ya atiplaba entonando con grotescos gestos una seguidilla. Luégo imitaba el son de las campanas, y hasta llegó en su irrespetuoso desparpajo á remendar la voz gangosa de mi amigo, el cual todo turbado variaba de color á cada instante, sin poder sobreponerse á las zumbas de su miserable subalterno.

—Pero en resumen—dijo al fin,—¿qué es lo que mi señor sacristán espera? ¿Cuenta, sin duda, con ordenarse de menores para que le hagan cardenal subdiácono?

—Allá veremos, Sr. D. Celestino—contestó el bufón.—Esta noche ó mañana veremos lo que hace Santurrias. No tema nada mi curita; que ya le pondremos en selvo.

*Tuba mirum spargens sonum
per sepulchra regionum
coget omnes ante thronum.*

Esta sí que es tira, tirana:
ojo alerta, cuidado, señores,
que aunque tengan las caras de plata
muchos tienen las manos de cobre.

—Eso es, mezcle usted los cantos divinos con los mundanos. Me gusta. Pero se me acala la paciencia, señor ravelas. ¡Oh Gabriel! estoy sofocadisimo. Yo bien sé que no hay nada; que no ocurre nada: bien sé que de éste monigote no hay que hacer caso. Sabe Dios cuántos cuartillos de lo de Yépez tendrá en el bendito estómago; pero conviene averiguar. Mira, hijo, sal tú por ahí, entérate bien, y traeme noticias de... ¿que se dice en el pueblo. Puede que estos tuantes tengan el propósito leve... Si así fuese, haz lo que te digo; que aquí quedo yo esperándote, y en cuanto descabece un sueñecito, iré á prevenir al príncipe, para que ande con cuidado.... Pues no me lo agradecerá poco el buen señor.

No sólo por obedecerle, sino también por satisfacer mi curiosidad, salí de la casa y recorrí las calles del pueblo,

El gentío aumentaba en todas partes, y especialmente en la plaza de San Antorio. No era preciso molestar á nadie con preguntas para saber que el generoso pueblo, enojado con la noticia verdadera ó falsa de que los Reyes iban á partir para Andalucía, parecía dispuesto á impedir el viaje, que se consideraba como una combinación infernal fraguada por Godoy de acuerdo con Bonaparte.

En todos los grupos se hablaba del generalísimo, como es de suponer, y en verdad digo que no hubiera querido encontrarme en el pellejo de aquel señor á quien poco antes había visto tan fastuoso y espléndido, pero sabido es que la fortuna suele ser la más traidora de las diosas con aquellos mismos que favoreció demasiado, y no hay que fiarse mucho de esta ruin cortesana. Decía, pues, que á los vasallos del buen Carlos no les parecía muy bien el viaje y aunque hasta entonces no se les había hablado del derecho á influir en los destinos de esta nuestra bondadosa madre España, ello es que guiados, sin duda, por su instinto y buen ingenio aquellos benditos, se diponian á probar que para algo respiraban doce millones de séres humanos el aire de la Península.

Más de dos horas estuve paseándome por las calles. Como á cada instante llegaba gente de la corte, traté de encontrar alguna persona conocida; pero no hallé ningún amigo. Ya me retiraba á la casa del cura, cercana la noche, cuando de un grupo se apartó un joven de más edad que yo, y llegándose á mí con aparatosa oficiosidad, me saludó llamándome por mi nombre y pidiendo informes acerca de mi importantísima salud. Al pronto no le conocí; más cuando cambiamos algunas palabras, caí en la cuenta de que era un señor pinche de las reales cocinas, con quién yo había trabado conocimiento cinco meses antes en el palacio del Escorial,

—¿No te acuerdas de quien te daba de cenar todas las noches?—me dijo.—¿No te acuerdas del que contestaba á tus mil preguntas?

—¡Ah! sí—repuse,—ya reconozco al señor Lopito; has engordado sin duda.

—La buena vida; amigo—dijo con petulancia, terciando airoosamente la capa en que se envolvía.—Ya no estoy en las cocinas; he pasado á la montería del señor infante D. Antonio Pascual, donde no hay mucho que hacer y se divierte uno. Velai' ahora nos han mandado que nos quitemos las libreas, y paseemos por el pueblo... en fin, esto no se puede decir.

—Pues yo por nada serviría en palacio. Tres días fui paje de la señora condesa Amaranta, y quedé harto.

—Quita allá, en ninguna parte se vive como en palacio, porque después que le dan á uno buena cama, buen plato y buena ropa, cuando llega una ocasión como ésta no falta un dobloncito en el bolsillo... pero esto no es para dicho aquí entre tanta gente, y allí está la taberna del tío Malayerba, que parece llamarnos, para que refrescando en ella nos contemos nuestras vidas.

Lopito era un chicuelo de esos que prematuramente se quieren hacer pasar por hombres, pues también entonces existía esta casta, no conociendo para tal objeto otros medios que beber á porrillo y dar de puñetazos en las mesas, de vergonzarse con todo el mundo, mirar con aire matachín, y contar de sí propios inverosímiles aventuras. Pero con estas cualidades y otras muchas, el ex-pinche no dejaba de ser simpático, sin duda porque unía á su vanidosa desenvoltura la generosidad y el rumbo, que acompañan por lo regular á los pocos años. Convidome á cenar en la taberna, charlamos luego hasta las nueve y nos separamos tan amigotes, cual si hubiéramos aprendido á leer en la misma cartilla.

Al día siguiente, como no me era posible volverme á Madrid, á causa de que los trajineros pedían fabulosos precios por el viaje, nos reunimos otra vez. Lopito estaba tan desocupado como yo, y entre la taberna del tío Malayerba y los jardines del Príncipe nos pasamos la mayor parte del

día, conferenciando sobre cuanto se nos ocurría, y especialmente acerca de acontecimientos públicos, asuntos en que él se daba extraordinaria importancia. Al principio se mostraba algo reservado en esta cuestión; pero por último, no pudiendo resistir dentro de su alma el sofocante peso de un secreto, se franqueó conmigo generosamente.

—Si quieres—me dijo—puedes ganarte algunos cuartos. Yo te llevaré en casa del señor Pedro Collado, criado de S. A. el Plíncipe Fernando, y verás cómo te dan soldada. ¿Ves esos paletos manchegos que andan por ahí? Pues todos cobran ocho, diez y doce reales diarios, con viaje pagado y vino á discreción.

—¿Y por qué es eso, Lopito? Yo creí que esa gente gritaba y chillaba porque así era su gusto. De modo que todo eso de «vivan nuestros reyes» y lo de «muera el choricero» es porque corre el dinero?

—No: te diré. Los españoles todos aborrecen á ese hombre; mas para que dejen sus casas y tierras y sus caballerías por venir aquí á gritar, es preciso que alguien les dé el jornal que pierden en un día como éste. Todos los que servimos al infante D. Antonio Pascual y los criados del Príncipe de Asturias, hemos estado por ahí buscando gente. De Madrid hemos traído medio barrio de Maravillas, y en los pueblos de Ocaña, Titulcia, Villatobas, Corral de Almaguer, Villamejor y Romeral, creo que no han quedado más que las mujeres y los viejos, pues hasta un racimo de chiquillos trajo el Sr. Collado.

—Pero, tonto—dije yo, creyendo presentar un argumento decisivo,—¿qué importa que toda esa gente chille á las puertas de Palacio pidiendo lo que no les han de dar? Pues no tiene ahí S. M. sus reales tropas para hacerse respetar? Por que somos ó no somos. Si con un puñado de gente gritona traída de los pueblos y de las Vistillas de Madrid se puede obligar al Rey á que haga una cosa, no sé para qué se toma ese señor el trabajo de llevar corona en la cabeza.

—Dices bien, Gabrielillo, y si el condenado generali-

simo estuviera seguro de que su tropa le sostenía, ya podrían volverse á sus casas todos esos caballeros, que han venido á darle una serenata; pero tú no sabes de la misa la media. También han repartido dinero á la tropa—añadió bajando la voz;— y como el Príncipe de Asturias tiene no sé cuántas arcas llenas de onzas de oro que le ha ido dando su padre para juguetes. . . ya ves. . . S. A. hará lo que le dé la gana, porque le ayudan todos esos señores de la grandeza, muchos obispos, muchos generales, y hasta los mismos ministros que ahora tiene el Rey.

—Eso sí que es una grandísima picardía—exclamé con ira. — Son ministros del Rey, son compañeros del otro, á quien sin duda deben los zapatos con que se calzan, y al mismo tiempo le hacen la mamola al niño Fernando, porque ven que el pueblo le quiere, y dicen: “Por fas ó nefas, por la mano derecha ó por la izquierda, no ha de tardar en sentarse en el trono.”

Con este diálogo llegamos á la taberna y allí nos sentamos, pidiendo Lopito para sí aguardiente de Chincón, y yo tintillo de Arganda. No estábamos solos en aquella academia de buenas costumbres, porque cerca de la mesa en que nosotros perfeccionábamos nuestra naturaleza física y moral, se veían hasta dos docenas de caballeros, en cuyas fisonomías reconocí á algunos famosos Hércules y Teseos de Lavapiés, de aquellos que invocó con épico acento el poeta al decir:

Grandes invencibles héroes,
que en los ejércitos diestros
de borrachera, rapiña,
gatería y vituperio,
fatigáis las faltriqueras. . .

Entre estos hombres vi otros de figura extraña, y tan astrosos y con tanto andrajo cubiertos, que daba lástima verlos.

—Estos—me dijo Lopito satisfaciendo mi curiosidad,—son lo mejorcito del Zocodover de Toledo, donde ejercitan

su destreza en el aligeramiento de bolsillos y alivio de caminantes.

También entraron en la taberna muchos soldados de caballería, y al poco rato se había entablado conversación tan viva que no era posible entender ni una palabra, si palabras pueden llamarse las vociferaciones y juramentos de aquella gente. Unos sostenían que la familia real partiría aquella misma tarde, y otros que el Rey no había pensado en tal viaje. Pronto se disiparon las dudas, porque corrió la voz de que S. M. dirigía la voz á sus súbditos por medio de una proclama que al punto se fijó en todos los sitios públicos. En ella, después de llamar *vasallos* á los españoles, decía el buen Carlos IV, que la noticia del viaje era invención de la malicia, que no había que temer nada de los franceses, nuestros queridos amigos y aliados, y que él era muy dichoso en el seno de su familia y de su pueblo, al cual conceptuaba asimismo como empachado de prosperidad y bienaventuranza al amparo de paternales instituciones.

La mayor parte de los héroes de Zocodover y las Vistillas, no parecían inclinados á dar crédito á la regia palabra, antes bien se burlaban de cuantos acudían á leerla, añadiendo:—No se nos engañará. A mi con esas. . . Aspacito, Sr. D. Carlos, que ya lo arreglaremos.

Cuando fui á casa encontré á D. Celestino loco de alegría: paseaba con la sotana suelta por su habitación, y aunque no estaba presente ni aun en sombra el pícaro sacristán, mi amigo profería con desaforado acento estas palabras:

—¿Lo ves, malvado Santurrias? ¿Lo ves, tunante, borracho, mal acólito, que no sabes más que juntar gotas de aceite y mocos de vela para venderlo en pelotillas? ¿Ves cómo yo tenía razón? ¿Ves como los reyes no han pensado nunca en semejante viaje? Si, que ahí están esos señores en el trono para darte gusto á ti, pérfido sacristán, escurridor de lámparas y ganzúa de cepillos. ¿No bastaba que lo dijera yo

que soy amigo de Su Alteza Serenísima, y tengo estudios para comprender lo que conviene al interés de la Nación? Véngase usted ahora con bromitas, amenáceme con tocar las campanas sin mi permiso. ¡Ah! agradézcame el muy tuante que no me cale ahora mismo manteo y teja para ir en persona á contarle á S. A. qué clase de pajarraco es usted, con lo cual, dicho se está que el señor Patriarca me lo pondría de patitas en la calle. Pero no, Sr. Santurrias; soy un hombre generoso y no iré; no quiero quitarle el pan á un viudo con cuatro hijos. Pero véngase usted ahora con bromitas diciendo que mi paisano acá y allá, y que le van á arrastrar, y repita aquello de: «Viva Fernando, *Kirie eley-són!* ¡Muera Godoy, *Christe eley-són!*» con que despierta todos los días.

A este punto llegaba, cuando advirtió que yo estaba delante, y echándome los brazos al cuello, me dijo:

—Al fin hemos salido de dudas. Todo era invención de Santurrias. ¿Qué hay por el pueblo? Estará la gente contentísima ¿no? Ahora cuando salga el señor Príncipe de la Paz á paseo supungo que le vitorearán... ¡Ay! qué susto me he llevado, hijito. Deveras creí que íbamos á tener motín. ¡Un motín! ¿Sabes tú lo que es eso? En mi vida he visto tal cosa y sírvase Dios llevarme á su seno, antes que lo vea. Un motín no es ni más ni menos que salirse todos á la calle gritando viva esto ó muera el otro, y romper alguna vidriera y hasta si se ofrece golpear á algún desgraciado. ¡Qué horror! Gracias á Dios no tendremos ahora nada de esto, y sin duda la prudencia y tino de aquel hombre... ¿Sabes que estuve en su palacio á prevenirle de lo que pasaba y no me recibió?...

—Lo creo. En estos días no tendrá su Alteza humor para recibir, porque como dijo el otro, no está la Magdalena para tafetanes.

—Tal vez él tenga noticias de las picardías de Santurrias y de los otros perdidos con quien se junta en la taberna del tío Malayerba—continuó el cura.—¿Pero en dónde está ese

endemoniado sacristán? No parece por aquí porque sabe que le he de poner más colorado que un pimiento riojano.

No habia acabado de decirlo, cuando entreabriéndose la puerta, dejó ver los dientes, la plegada y siempre risueña boca, la esprimida cara y arrugada frente del sacristán.

—Venga acá—exclamó D. Celestino con alborozo;—venga el sapientísimo Sr. Santurrias, presunto cardenal metropolitano; venga acá para que nos ilustre con su saber, para que nos aconseje con su prudencia. ¿Puede decirnos cuándo es el viaje? Porque yo tengo para mí que la proclama de S. M. es una tiñería; y qué crédito merece el Rey de las Españas, de las Indias, de Jerusalén, de Rodas, etc., cuando habla el Excelentísimo Sr. D. Gregorio de las Santurrias, sacristán que fué de monjas Bernardas, y hoy de mi parroquia. A ver, ¿nos sacará de dudas su señoría?

—Mañana, mañana, mañanita, señor cura—contestó el sacristán.—Dígame su paternidad: ¿saca ó no las botillitas?

Y luego, sin desconcertarse ante la ironía de su superior, burlándose de los gestos con que se le interpelaba, empezó á entonar los singulares cantos de su repertorio, haciendo mil grotescos visajes y moviendo los brazos, ya en ademán de repicar, ya aparentando recorrer el teclado de un órgano, ya, en fin, con la postura propia de tocar la guitarra, sin dejar de cantar en la forma siguiente:

—*Domine, no in furore tuo arguas me....*

Es la corte la mapa

de ambas Castillas;

y la flor de la corte

las Maravillas.

Anda, morenó,

que no hay cosa en el mundo

como tu pelo.

De profundis clamavi ad ti, Domine; Domine exaudi vocem meam....

Don, dilondón, don, don.